

REALIDAD, ¿PARA QUIÉN?

Julio Moreno

Realidad deriva del latín “res” y “realis”: aquello que tiene existencia *efectiva* o factual. Esa caracterización de *efectiva* de la existencia es controvertible: Verdad y Ficción, como Real e Irreal, se implican mutuamente de tal manera que la zona más fértil se *produce* en el territorio *entre* ellas. Por ejemplo, la teoría de la seducción y la de la fantasía de Freud podrían pensarse como alternativas excluyentes, pero leyendo cuidadosamente a Freud, notamos que los más prolíficos desarrollos se producen *entre* ellas. No debemos buscar los determinantes de una neurosis en el territorio de la fantasía ni en el de lo fáctico, sino en su inter-territorialidad.

Cuando creemos que ocurrió un abuso, por ejemplo, no rara vez prima la actitud detectivesca de encontrar a toda costa la verdad fáctica, revisando los orificios del abusado o los signos de un *exceso* de fantasía de la supuesta víctima. Una mirada más fina podrá entender que no hay abuso sin algo de fantaseo ni fantaseo sin algo de abuso. Aunque al detective que nos habita no le gusten esas ambigüedades.

Cuando en mi residencia psiquiátrica aprendimos a hipnotizar histéricas para deshacer conversiones (algo efectivo por un corto plazo) recibimos una consigna: la puerta del consultorio debía permanecer abierta y, de ser posible, convenía que un pariente de nuestra paciente estuviese presente durante el procedimiento, porque la paciente podía (y solía) “fantasear” el haber sido abusada por el residente aun cuando éste “sólo” la hubiese hipnotizado. Si lo miramos con mayor cuidado nos queda claro que no se trataba de algo solamente ficcional: toda la escena de hipnosis era en general una escena temida y deseada por hipnotizador e hipnotizado por contener trazos de verdad y de ficción alrededor de una escena erótica.

Todo esto se pone también en juego en la literatura. Si Borges llama *Ficciones* a uno de sus mejores libros, no lo hace para exaltar lo falso a expensas de lo verdadero. Lo hace porque considera que la ficción es el medio más apropiado para tratar la complejidad de la vida.

Como dijimos, el tema de la *existencia efectiva* es controversial. Según afirma la física cuántica, sin observador no existiría siquiera el objeto observado. Hawking¹ comenta el hecho de que los organizadores de una exposición de peces dorados (*goldfish*) realizada en Italia prohibieron a los expositores el uso de peceras curvas. Justificaron esa medida diciendo que los peces al mirar hacia fuera de su pecera tendrían una visión *distorsionada* de la realidad. Con toda lógica, Hawking y Mlodinow se preguntan, ¿no estaremos nosotros, y no los *goldfish*, dentro de una especie de pecera con enormes lentes deformantes? Para los habitantes de la pecera el modelo con el que perciben debe ser diferente del de los que habitamos fuera de ella, pero no podemos decir que una de las realidades es mejor o peor –ni que una es más o menos real– que la otra, porque eso lo determina la teoría que sustenta “la realidad”, y esa teoría se conforma de acuerdo a donde vivimos y al discurso que organiza los modos de comprender del observador.

Un buen ejemplo de diferentes formas de “entender” eso, que con cierta petulancia llamamos “la realidad”, lo dan las teorías con las que hemos concebido al Universo que, presuntamente, viene siendo igual a sí mismo desde hace millones de años. La teoría que Ptolomeo introdujo por el año 150 antes de Cristo para describir nuestra posición en el universo predica que nuestra tierra es esférica y relativamente pequeña en relación con el cosmos, ocupa el centro absoluto del mismo donde permanece quieta e imperturbable rodeada de astros que giran a su alrededor. Este modelo, debe habernos parecido *natural* por ser (al menos en dos puntos) coherente con la intuición: no sentimos que la tierra se mueva y vemos que los cuerpos celestes giran alrededor nuestro.

En 1543 Copérnico propuso un modelo alternativo. En éste el sol, y no la tierra pasó a ocupar el centro del universo mientras nuestro planeta, como todos los demás, giran alrededor del sol. ¿Cuál de los dos modelos es más real? sería una pregunta inadecuada, los dos son reales dentro de las coordenadas que cada teoría sustenta.

En rigor, los astrofísicos contemporáneos dicen que *ambas realidades* son erróneas porque ellos sustentan una tercer teoría: el Universo no tiene centro ni es estático y sus bordes se expanden a una velocidad superior a de la luz en creciente aceleración.

Son tres modelos para comprender eso que llamamos “la realidad”. Sin mentes que hayan modelado así las cosas, *la realidad* estaría inmersa en la enormidad de avatares que

¹ “¿Qué es la realidad?” del libro “The Grand Design” escrito junto con L. Mlodinow.

simplemente caen en el silencioso e infinito agujero de la *ignorancia*: donde sin que lo sepamos se agolpa lo que no nos interroga.

Nada de esto debería resultarnos ajeno a los psicoanalistas: la transferencia está inevitablemente en el centro de lo que ocurre e importa en un análisis: *produce su realidad*. La realidad que concierne a un Psicoanálisis no es simplemente el despliegue del *mundo interno* del paciente y/o del analista. Se produce en la inter-territorialidad de ambos. Desde un punto de vista teórico, el inconsciente (uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis) es un modelo más que nos permite “entender” sus producciones y hacer coherentes nuestras observaciones. Sin ese modelo, para un psicoanalista, los hechos no tendrían una existencia coherente ni efectiva.

El realismo modelo-dependiente está presente en todas nuestras acciones. Esto se ve con más claridad en los modelos científicos. Por ejemplo nadie, que se sepa, vio nunca una partícula llamada *quark*. Pero, sin quarks los físico-quánticos no podrían, por ahora, explicar ni comprender la coexistencia de protones y neutrones en el núcleo de los átomos. De modo que aunque no los veamos, de acuerdo con el realismo basado en el modelo para entender nos manejamos como si los quarks existieran. Ya lo dijo David Hume en el Siglo XVIII “aun sin tener bases racionales para creer en una realidad objetiva, no tenemos otra alternativa que la de actuar como si lo fuese”, y, lo que he dicho vale también para nuestro querido psicoanálisis y para uno de sus más preciados inventos y/o descubrimientos: el inconsciente.